

Educació i Història: Revista d'Història de l'Educació
Núm. 16 (juliol-desembre, 2010), pàg. 43-78
Societat d'Història de l'Educació dels Països de Llengua Catalana
ISSN: 1134-0258

DOI: 10.2436/20.3009.01.65

CENTENARI FERRER I GUÀRDIA: UN BALANÇ HISTORIOGRÀFIC I PEDAGÒGIC

Las coordenadas morales y filosófico-educativas de Ferrer¹

Ferrer's moral, philosophical and educational coordinates

Pere Solà Gussinyer
Universitat Autònoma de Barcelona

Data de recepció de l'original: maig de 2010

Data d'acceptació: juny de 2010

ABSTRACT

Exploration of the thought of Francesc Ferrer i Guàrdia after two series of político-morales reflections, one of them, *Feuilles détachées*, virtually unheard, and reproduced in Appendix in this dossier. The other, the «Principios de moral científica para uso de las escuelas racionalistas» is best known. Ferrer ideas discussed in this article are the basis of a sketch of rationalist educational program, focused on action and word askesis, activism and experimentation-based humanism. They are product of his time on many points, but in others transcend it and have an added value of modernity.

KEY WORDS: Rationalist education, Francesc Ferrer i Guàrdia, Catalan pedagogy, Ferrer's historiography, *Feuilles détachées*, morality, science, laicism

¹ La base de esta contribución, en castellano e inglés, es una comunicación a un congreso internacional de educación de adultos: SOLÀ I GUSSINYER, Pere. «Freethinkers, libertarian and adult learning : about Sol Ferrer (1891-1976)» *Adult learning and the challenges of social and cultural diversity: 2: Proceedings of the 5th ESREA European Research Conference / diverse lives, cultures, learnings and literacies*, 2007: 246-258

RESUM

Exploració del pensament ferrerian a partir de dues sèries de reflexions polític-morals, una d'elles, *Feuilles détachées*, pràcticament inèdita i que aquest dossier reproduceix en apèndix, i l'altra més coneguda, «Principios de moral científica para uso de las escuelas racionalistas». Les idees de Ferrer que hi són analitzades són com el croquis d'una pedagogia racionalista, humanista, de l'acció i la paraula, basada en l'activisme i l'experimentació. Són fruit de la seva època en molts punts, però a d'altres la trascendeixen i ofereixen un valor afegit de modernitat.

PARAULES CLAU: Educació racionalista, Francesc Ferrer i Guàrdia, pedagogia catalana, historiografia ferreriana, *Feuilles détachées*, moral, ciència, laïcisme

RESUMEN

Exploración del pensamiento ferreriano a partir de dos series de reflexiones político-morales, una de ellas, *Feuilles détachées*, prácticamente inédita y que este dossier reproduce en apéndice. La otra, los «Principios de moral científica para uso de las escuelas racionalistas» es más conocida. Las ideas de Ferrer analizadas en este artículo constituyen algo así como la base de un esbozo de pedagogía racionalista, humanista de la acción y de la palabra, basada en el activismo y la experimentación. Son fruto de su época en muchos puntos, pero en otros la trascienden y presentan una valor añadido de modernidad.

PALABRAS CLAVE: Educación racionalista, Francesc Ferrer i Guàrdia, pedagogia catalana, historiografia ferreriana, *Feuilles détachées*, moral, ciencia, laicismo

Frente a quienes todavía hoy sostienen que Ferrer era un palurdo intelectual sin ideas, vale la pena rescatar algunos de sus planteamientos, que deben mucho a Kropotkin, Réclus, Marx o Guyau, amén de Spencer.

Aquí sigo, por un lado, los pensamientos por mi descubiertos entre los papeles investigados en el archivo de California, apuntes que Sol Ferrer guardó en su archivo, sin sacarles, incomprensiblemente, gran partido. Se trata de unas hojas sueltas de Francesc Ferrer i Guàrdia «no siempre leíbles» («*Feuilles*

détachées, pas toujours lisibles trouvées, dernièrement, dans le tiroir d'un meuble ancien du Mas Germinal»).

No sabemos cuándo fueron encontrados ni por quién, es decir cómo le llegaron a Sol Ferrer. No hemos podido sacar el asunto en claro en nuestras pesquisas en el entorno familiar de Ferrer. Se exponen en apéndice de este dossier, reproducidos en lo posible en su literalidad y en su expresión genuina, no siempre canónica, ni sintáctica ni literariamente hablando. No olvidemos que se trata de apuntes no publicados y acaso considerados no publicables, en los que no faltan giros galicistas.

Reparemos en que buena parte de la formación autodidacta de Ferrer se realizó en Francia, sociedad que en no pocos casos tomó como modelo, ya que según él la «civilización, traspirenaica nos ha adelantado de un siglo». De ella admira *su sentido de la relatividad*, al tiempo que se declara asustado por los propios rasgos de «apasionamiento hispano».²

Por su parte, el original de «Principios de moral científica para uso de las escuelas racionalistas», también analizado por el autor de este artículo en el archivo Ferrer de San Diego hace unos años, ya nos era conocido por las publicaciones de Sol y ha sido no ha mucho editado por la Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia de Barcelona.³ Como todas las citas se han extraído del original manuscrito, ahorramos al lector su referencia continuada para así agilizar el proceso.

El fundador de la Escuela Moderna era hijo intelectual de su tiempo y de su cultura. Podemos encontrar la filiación, hasta cierto punto, de sus ideas repasando sus referentes intelectuales: P. A. Kropotkin, C. Malato... El primero terminó su estudio sobre *Orígen y evolución de la moral* con una evocación muy positiva de J. M. Guyau, de quien recoge su idea de las creencias que guían la acción humana se basan en la fuerza de ésta: «tan sólo la acción nos da fe en nuestras fuerzas, en los demás, en el mundo entero (...) el pensamiento puro, en cambio, la soledad, nos quita nuestras fuerzas».⁴

No es la religión lo que guía la excelencia moral, sino la vida en sociedades y observación de la naturaleza. Se presume por parte de Kropotkin, siguiendo a Guyau, que el instinto moral es característico de la naturaleza humana, y

² «Feuilles détachées» (FD), aforismo 65°

³ Véase el artículo introductorio de P. Solà del dossier, la referencia a la edición de *Principios de moral científica* [Centenario Ferrer i Guàrdia, prólogo de Vicenç Molina]

⁴ KROPOTKIN Pedro. *Orígen y evolución de la moral*. Moscou: Biblioteca Virtual Antorcha. Edic. Cibernètica, 2003. Prólogo original de N. Lebedeff, maig 1922.

constituye un elemento incluso más primordial que la consciencia. El príncipe ruso Piotr Alekséyevich Kropotkin (1842-1921) destacó cómo, según Guyau, la moral natural, regida por un deseo congénito de riesgo intelectual y de lucha vital, destronaba a la moral religiosa, que acaba dando paso a una ética natural, que el propio sentido humano de sociabilidad alimenta en su desarrollo.

Para el anarco-comunista ruso era un axioma el sentido innato de justicia en los hombres y una realidad el impulso humano hacia el establecimiento de vínculos afectivos, no menos naturales, de fraternidad. Para ello se apoyó en la antropología de autores clásicos mundiales próximos como Comte, Darwin, Spencer o más remotos como Bacon, Grocio, Spinoza o Goethe.

El concepto de «vida» fue de suma importancia en la concepción de Ferrer, educador bastante sintónico con Kropotkin de quien era amigo personal.

¿Hasta qué punto su sensibilidad al respecto fue la de coetáneos como el filósofo Guyau, conocido tanto directamente como a través de políticos y filósofos glosadores del mismo, como el aludido Kropotkin?

En la moral «científica» de Kropotkin la libertad tenía como objetivo «sembrar vida»:

«Siembra vida a tu alrededor. Ten en cuenta que si engañas, si mientes, si intrigas, si estafas y defraudas, te rebajarás a ti mismo, te degradarás, confesarás de antemano tu propia flaqueza, jugarás el papel del esclavo del harén que se siente inferior a su amo (...). No acuses a la humanidad si tú mismo, por tu propia decisión, paralizas tus energías. Sé por el contrario fuerte, y cuando veas la injusticia y la hayas identificado como tal (desigualdad en la vida, una mentira en la ciencia, un sufrimiento causado por otro) rebélate contra lo mismo, lo falso y lo injusto».⁵

La conducta de quien siente interiormente «el vigor juvenil» y aspira a «gozar de una vida plena, perfecta y desbordante, es decir, conocer el supremo gozo que puede desear un ser vivo», exige fortaleza sostenida y tenacidad vital y comporta aceptar las «impresiones fuertes», las «alegrías profundas», pero también «profundos pesares».

La condición necesaria, pero no suficiente, de una existencia ética radica, prosigue Kropotkin, en atenerse a «los simples principios de una justa igual-

⁵ KROPOTKIN, Pedro. *La moral anarquista: Folletos revolucionarios*. Introd. R. N. Badwin. Barcelona: Tusquets, 1977. 125

dad». Pero más allá del principio negativo de no provocar injusticia, la vida moral plena, según Kropotkin, se consigue cuando se lucha activamente para unas relaciones justas y solidarias. La lucha por la justicia y la libertad de todos hace más intensa la vida y la justifica: «entonces habrás vivido; y unas horas de esa vida valen años gastados vegetando (...). Lucha para que todo pueda vivir esa vida rica y desbordante. Y no dudes de que en esta lucha hallarás un gozo superior al que pueda proporcionarte cualquier otra cosa».⁶

Es precisamente ésta la perspectiva en la que se colocaba Ferrer al considerar que el pedagogo tiene la misión de ayudar al niño a captar en toda su amplitud y todo su sentido el momento presente, el momento vivido: «el pasado pasó, el futuro ya llegará —si se duplica su vida, que no sabemos lo que durará... Aprender a descifrar, ver y gozar de lo que todos no saben ver».⁷ La idea de la vida —de una vida gestionada con fortaleza kropotkiniana— es central en esta pedagogía: «cada cual tiene que enfocar cuál ha de ser su vida. El embrollo (¿??) del alma (¿??) es harto complicado, se simplifica tendiendo a la meta más allá, a la misión para la cual no fallará el valor».⁸

Cada cual construye su vida en la complejidad del vivir. Pero hay que seguir un camino trazado, tender hacia una meta, acometer una misión con decisión y valor. Ferrer es taxativo al respecto, en un sentido próximo —una vez más— al de la filosofía de Guyau: «la vida por si misma no tiende a probar nada, cada cual le da el significado que alcanza su sino o su pensar». La sentencia es ambigua. Ya que no es lo mismo el destino —el sino— que el pensar.⁹

En cambio no parece en absoluto que F. Ferrer Guardia se adhiera a un «naturalismo» o fe ciega en la naturaleza humana, de ascendencia roussoniana, si bien, en línea con J. J. Rousseau, confía en el «sentido innato de la justicia, de la justa repartición» del niño.

Contra la práctica educativa tradicional («generalmente se trató de frenar lo que se supone “sobrante” de energía vital en el niño»), de lo que se trata es de elevar su psique «al plan(o) de las manifestaciones más puras y nobles. En un niño, hasta sus defectos, bien dirigidos, son palancas de virtud. Trocar, por ejemplo, su avidez en anhelo, desarrollar así su sensibilidad...».¹⁰ La pedagogía

⁶ *Ibid.*

⁷ «*Feuilles détachées*» (FD), 13º

⁸ FD, 17º

⁹ FD, 18º

¹⁰ Prefacio de «*Feuilles détachées*»

de Ferrer es, decididamente, más intervencionista o dirigista que las orientaciones de Rousseau. O si se quiere más pragmática y menos hipócrita.

En cualquier caso para una intervención educativa en condiciones, la libertad de cátedra es vital. En efecto, «el maestro y profesor tienen que disfrutar de plena libertad, respecto a su derecho de enseñar según su modo y juicio personal. El alumno aprovechará la diversidad de directivas personales, distintas visiones, distintos temperamentos, al igual como las aprovecha confrontando, ampliando su conocimiento, gracias a la variedad de las disciplinas del programa escolar».¹¹

Y prosigue contraponiendo la decisión de la intervención escolar (con «cierta brutalidad» no exenta de sana alegría) a la condescendencia, por otro lado necesaria, del espacio doméstico. Nada de no directividad, nada de un «hands off» al estilo que él califica de «tolstoyano»: «el maestro con cierta brutalidad pero con sana alegría, debe contrarrestar el exceso de blandura de la madre en el hogar, que suele debilitar moralmente al niño, (pero que tienen sin embargo su eficacia lenitiva, imprescindible). El maestro, pues, tenderá en (sic) colocar el alumno frente a los puñetazos de la vida, dándole el vigor que requiere una normal reacción, haciéndole(;) actuar, sin desmayos—; nada de inspirarse del método tolstoyano!».¹²

La tendencia «directiva» de Ferrer está fuera de dudas. Nada de ñoñerías antiautoritarias. La educación permite crecer en humanidad, tarea nada fácil: «No es tarea fácil ser hombre... en su mejor sentido. Con el buen ejemplo no basta, el niño necesita del apoyo varonil que le aliente, sostenga, oriente, guíe».¹³ La utilización del adjetivo «varonil» parece aquí deberse más a la búsqueda de un sinónimo de «enérgico» o «decidido» (o a un atavismo inconsciente) que a un prejuicio deliberado de tipo sexista. De la misma forma otra reflexión apunta a «desarrollar en el niño el vigor espiritual», «la hombría», en convencimiento de que «la mayoría de los defectos (por no decir todos) [se producen] por falta de valor: se miente por flaqueza moral, la pereza también es hija de cobardía».¹⁴

Desde postulados cientifistas (positivistas) Ferrer se pregunta si «estos defectos» «¿no se remediarían gracias a un [adecuado] progreso de la fisiología y la psicología?». ¹⁵ Y lo que es pregunta pasa a ser afirmación: el mal humor, cierto pesimismo ñoño, y tantos [otros defectos de comportamiento] «hoy día

¹¹ FD, 1º

¹² FD, 2º

¹³ FD, 16º

¹⁴ FD, 37º

¹⁵ FD, 38º

al estudio, desaparecerán con el progreso científico (...), "pecados"- flaquezas físico-morales, patológicas, que no merecen reprobación ni castigos, sino curación». En definitiva, la «envergadura espiritual» (sic) va casi siempre unida al ser del «hombre valeroso, bueno». F. Ferrer Guardia añade: «creo preferible un ser malo pero inteligente», a otro ser declaradamente «tonto, éste, más dañino».¹⁶

Para permitir el crecimiento personal, nada más desaconsejable que la rigidez y dureza: «nunca reprochar con severidad y viveza una falta. Alabar siempre generosamente lo bueno que hay en todo niño. Si en un caso no lo hubiera, inventarlo, darlo por cierto, es el único procedimiento para forjar en este alma desventajada lo que tal vez cobija en forma menguada y no supiste descubrir».¹⁷ Ferrer dice que el pedagogo debe actuar sobre un ser hipotéticamente mejor, que pueda llegar a tener los valores y virtudes que se le presupone.

Precisamente ésta sería una de las reglas de oro de la pedagogía: la ilusión o predisposición de suponer al educando mejor de lo que realmente es e igual a como puede ser.

Aquí conectamos con uno de los aspectos centrales (al cual ya se ha hecho referencia anteriormente en este artículo) de la propuesta pedagógica ferreriana, que además coincide mucho con su talante personal, con su forma de entender la relación pedagógica, tal como transmitieron oralmente o por escrito alguno de sus antiguos alumnos: el entusiasmo, la «euforia», una alegría no exenta de cierta ironía socrática: «yo creo que las "teorías de la alegría" son más morales que las dictadas por la severidad de un hipocondríaco/por una austera severidad». No puede ser más meridiano el sentir de Ferrer al respecto: «la "euphorias" todo lo ilumina. Como sol radiante envuelve de bienestar y calor/calor y bienestar».¹⁸

El principio pedagógico de la alegría es envolvente, es fuente de franca abertura hacia el bien y la grandeza de alma, da ligereza a lo que podría ser muy gravoso: el cumplimiento del deber. Veamos dos formulaciones de esta idea: «la alegría inspira bondad, generosidad, indulgencia, halla también en sí fuerza motriz para arrear y enganar la tarea que a solas o en grupo, se nos encomienda- no digo impone.../La alegría inspira bondad, generosidad, es imprescindible para el clima pedagógico. Halla en sí la fuerza motriz para arrear y enganar la tarea (...)».¹⁹

La intervención educativa desde la alegría no sólo genera lo que hoy en día denominaríamos en castizo «buen rollo», un ambiente educativo sano, sino que

¹⁶ FD, 39º

¹⁷ FD, 15º

¹⁸ FD, 42º. Euforia (del griego εὐφορία), originariamente estado de ánimo de gran bienestar.

¹⁹ FD, 43º

también propicia una acción educativa más eficiente. Así, «por ejemplo, una palabra dada, regañando, se cumple a medias, cuando no se queda sin cumplir..., pero la que se da a gusto, ¡se cumple más pronto dos veces que una!».²⁰

No es extraño que las reflexiones sobre los efectos educativos de la intervención «eufórica» se vean seguidas en los apuntes que comentamos de una reflexión lapidaria en el sentido de que «todo lo antinatural es/parece/ patológico». ²¹ Sabida es la insistencia en el discurso ferreriano acerca de acercar la pedagogía a la naturaleza.

Y, aunque no parece que Ferrer no se extienda aquí mucho en la conexión entre la intervención educativa desde la alegría y el principio de una educación basada en lo natural, en la naturaleza, sí sugiere ideas interesantes. Para empezar, la alegría postulada no es algo tan espontáneo, primario o «natural». Requiere, por un lado, decisión de espíritu.

Y, por otro lado, sostener un registro de alegría es un deber para con nosotros mismos y para nuestro entorno o prójimo, sobre la base de que: «la alegría que parece tan natural, según los casos, requiere a veces mucha fortaleza y (no es tan fácil como parece[esta frase está tachada en el original]), es, pero es siempre un deber ineludible, con gran variedad de matices, pero siempre consiste en un deber para nosotros mismos y, más todavía, para los con quienes convivimos». ²²

Más tarde sigue otra oscura reflexión, acaso «pedagógicamente incorrecta» y desde luego lesiva a la igualdad de género, a lo que al parecer Ferrer presenta excusas a la posible audiencia. Se refiere al vínculo entre el amor libre, satisfacción conyugal y la «teoría de la alegría»: «Otro ejemplo! A nuestro bochorno varonil preguntaré ;porqué suele nuestro honor desertar la mujer de quien nos hemos saciado...? y sin embargo ;suele consagrarse deslumbrante/ fragante/ para la nueva elegida? (...). Pero esto es harina de otro costado (sic). Caemos vilmente, mereciendo veredictos severos de nuestra propia conciencia, por falta de saber armonizar nuestro comportamiento según las leyes y medidas de estas que llamo “teorías de la alegría” (...), tal vez más eficaces, según los temperamentos, que las normas “estéticas” del comportamiento». ²³

Constata Ferrer una de las ideas básicas de cualquier teoría de la educación informal, al afirmar que, aunque «se dice que: “ce n’est pas l’habit qui fait le moine”; /creo que sí en cierto sentido/ Ya que sí, en cierto sentido. Se es hijo del ambiente/

²⁰ FD, 43º

²¹ FD, 41º

²² FD, 45º

²³ FD, 44º

medio/ en que uno se desenvuelve. Las prendas que vestimos influyen grandemente sobre nuestro sentir/sobre nuestro sentir y pensar/. Por eso, las ideas que nos inculcan de niño; cuán difícil es desprenderse de ellas! Siempre algo queda».²⁴

De ahí se deduce la necesidad de establecer ambientes físicos congruentes con el principio de la alegría en todas las actividades humanas, no sólo escolares, sino también en las actividades económicas, laborales, porque: «en lo venidero será primordial que los establecimientos dedicados a la enseñanza, rebose de luz, de amenidad y alegría. Igual será, espero, tratándose de talleres y fábricas». Principio que en un segundo redactado Ferrer extiende igualmente a las «cárceles y penitenciarías».²⁵ Una visita reciente a la cárcel catalana de Càn Brians, donde estoy tutorizando a un recluso muestra que los arquitectos que asesoran a los servicios penitenciarios han acabado tomándose en serio este planteamiento.

Pero se apresura a señalar que «con el marco no basta: el maestro el profesor y el vigilante, así como el capataz, etc. tienen que irradiar alegría, buena comprensión y camaradería».²⁶ E insiste en la idea anteriormente expresada: la intervención esforzada y autoexigente basada en la alegría optimiza los resultados pedagógicos «en todos los aspectos físico-morales» y de «reforma humana», también en el ámbito laboral: «Ambientado de tal forma el trabajo se intensificará con el mínimo de cansancio físico y moral».²⁷

Y contra quienes le acusaron de dogmatismo deliberado, una reflexión precisamente previene contra el adoctrinamiento sectario en el terreno pedagógico y a favor del desarrollo del propio juicio: conviene «no inculcar sus propios principios, dejar que el niño perciba el mundo por sí solo, en plena libertad. Al contrario, esforzarse en desarrollar su espíritu crítico».²⁸ Este «espíritu crítico» se activa si se consigue «adiestrarle[s] a la discusión entre ellos. Conversaciones, ensayos sobre lo experimentado, visto, oído y leído. Indicando el posible sentido de las cosas que cada uno interpretará según sus aptitudes y temperamento propio»²⁹. Conversar sobre lo vivido, no sin la intervención aclaratoria del pedagogo sobre «el posible sentido de las cosas».

²⁴ FD, 47º

²⁵ FD, 46º

²⁶ FD, 46º

²⁷ FD, 46º

²⁸ FD, 3º

²⁹ FD, 4º

Para que el clima de espontaneidad creadora se consolide en la escuela, «el niño necesita del afecto y aprecio de su profesor. Sólo así el libre juego de su espontaneidad le permitirá pensar y trabajar con inspiración creadora».³⁰

Vemos en otro pensamiento la conocida apelación de la Escuela Nueva a juntar pedagogía y vida: «el niño no debe vivir al lado de la vida, tiene que zambullirse en ella, en el buen sentido, morderla “à pleines dents”»³¹ («en français dans le texte», apostilla Sol).

Ferrer aclara que «el maestro, pues, debe cultivar en el niño la alegría del vivir, en un marco adecuado, compenetrarle (sic) de claridad, formas estéticas, colores; arte y vida que perduran, siempre renovados. Hallar su consciencia en la paz, en la armonía de las cosas (los seres?) visuales, en las ideas que sugieren, con inlasable (sic) voluntad, éste es el triunfo del papel del hombre- sin más!».³²

En algunos casos el carácter fragmentario de los aforismos ha hecho necesaria su interpretación. Todo parece indicar que se trata en efecto de pensamientos originales de Ferrer, ya que están en primera persona y responden, por empezar, al estilo apocalíptico del fundador de la Escuela Moderna para quien el momento ha llegado de realizar su plan educativo ya que «va a sonar, tal vez pronto, una hora decisiva y la juventud se halla todavía inconsciente de los nuevos deberes que exigirá el mañana».³³

Las referencias a sus «alumnos» y al proyecto de «Escuela Moderna» darían a entender que estas hojas habrían sido escritas entre 1901 y 1906, aunque había tenido antes muchos pupilos (adultos). Quiere Ferrer convertir a la juventud, «sus actuales alumnos, en buenos navegantes, tal como aconseja Juan Maragall:

Siempre las velas tendidas
del cielo al mar transparente,
siempre en derredor las olas
moviéndose eternamente!
Adiós playas, adiós tierras,
ni pienses si tornarás;
que no se acaba tu viaje,
ni se acabará jamás!».³⁴

³⁰ FD, 5º

³¹ FD, 8º

³² FD, en la segunda parte de la reflexión 10ª de esta la hoja.

³³ FD, presentación

³⁴ *Ibíd.*

Destaca la traducción del conocido poema vitalista y nitzscheano Excelsior del poeta catalán de su generación, Joan Maragall (1860-1911). Dicha composición fue escrita al parecer en 1893, año del atentado del Liceo: «Vigila, esperit, vigila; /no perdis mai el teu nord;/ no et deixis dur a la tranquil.la / aigua mansa de cap port./ Gira, gira els ulls enlaire,/ no miris les platges roïns,/ dóna el front an el gran aire; / sempre, sempre mar endins./ Sempre amb les veles suspeses / del cel al mar transparent; /sempre entorn aigües esteses/ que es moguin eternament./ Fuig-ne de la terra immoble; / fuig dels horitzons mesquins;/ sempre al mar, al gran mar noble:/ sempre, sempre mar endins./ Fora terres, fora platja;/ oblidat de tot regrés;/ no s'acaba el teu viatge;/no s'acabarà mai més».

La impaciencia del reformador social es evidente, porque el caminar del progreso es lento. El optimismo filosófico y político del pedagogo no tienen límites; compete a la juventud, aunque siempre se puede ser joven de espíritu, lanzarse con entusiasmo y fuerza hacia nuevos horizontes dictados por la modernidad. Pero esta juventud deberá ser una juventud educada, formada. Y hay que velar para que el alma de los jóvenes crezca «al compás de su desarrollo físico». El pedagogo se pregunta si esta juventud «habrá progresado en sus conceptos vitales cuando el mundo la llame en su defensa? El anhelo del bien por el bien (sin recompensas ilusorias) adentrado en sus facultades psíquicas, despertará en todos y en cada uno la responsabilidad motriz de sus actos?».³⁵

Una juventud, como vemos, que responda a un kantiano anhelo del bien por el bien, y que no espere ventajas personales. El pedagogo se interroga hasta qué punto podrá «crear esta juventud que añoro, merecedora de conquistas espirituales decisivas? El impulso regenerador, en la estancada enseñanza actual, ¿dará de sí? En mi camino no trillado ¿despertaré nuevas iniciativas, apoyos que me permitirán alcanzar, no lo que sueño y vislumbro, sino lo que claramente veo y espero?».³⁶

El intelectual, el pedagogo se mueve por ideales. La pedagogía no se somete a los dictámenes de la economía. Detrás del humanismo «pedagógico» de Ferrer subyace claramente una visión de la economía y de la sociedad. El genial Karl Marx retrató certeramente su tiempo, y fue como «la estilización ideológica del siglo de la Economía. Pronto, hasta las encíclicas pontificias, versarán sobre cuestiones económicas!». Esta idea sería vecina de la que expresa otra de las notas: «es angustiosa la pregunta de nuestra civilización, basada en los pro-

³⁵ FD, presentación

³⁶ Prefacio del manuscrito *Feuilles Détachées*, ver apéndice.

blemas económicos, (ya Jovellanos lo vislumbró) con olvido de las finalidades esenciales a que la economía debiera servir, invirtiendo el orden, colocando los medios en el primer plano y dejando en el segundo lugar las finalidades de los ideales (?) de la vida». ³⁷

Actuar éticamente en la vida cotidiana es una heroicidad. Una heroicidad al alcance de la humanidad correctamente formada: «la vida requiere (...) héroes diarios para cumplir sin mediocridad los deberes más próximos e inmediatos, con inquebrantable constancia, el más difícil de los heroísmos!». ³⁸

La educación («la experiencia me dicta que en la enseñanza casi siempre es aconsejable hacer justo lo contrario de lo que ha estado haciéndose») apunta, pues, a forjar héroes de la vida cotidiana que cumplen sin flaquezas, sin ceder, su deber inmediato. Ahora bien, ¿hasta qué punto es operativo el principio de que para renovar, educativamente hablando, hay que, por definición, deshacer camino?. En cualquier caso, como se apunta al final de la nota manuscrita o aforismo 47º «las ideas que nos inculcan de niño; cuán difícil es desprenderse de ellas! Siempre algo queda». ³⁹

El pedagogo se atribuye a si mismo la alta misión (sacerdotal!) de «inculcar una regla nueva para el pensar, una nueva ley para actuar, ambas únicamente basadas en la expresión de la propia dignidad sin amparos de ninguna clase». ⁴⁰

En el fondo se postula otro humanismo. Un humanismo regenerador por la educación, por (Aforismo 58º) una fundamental «labor educativa de “redresement”, de re-creación de una voluntad, /libre de prejuicios [borrado en una redacción alternativa], pura y recta –no dirigida–, aspirando al único ideal de perfección para realizar su existencia en el sentido de lo que corresponde, en toda dignidad y obrando para merecer esta dignificación». ⁴¹ ¡El mismo afán de absoluto, que casi calificaríamos de romántico, siempre en obra! Se trata de apostar por un «humanismo integral», que permita «a costa de heroicos esfuerzos, crearnos /nosotros mismos/, purificando nuestro pensar y sentir, enderezando nuestros actos para saber realizar la finalidad de su propia ley», para devenir precisamente «lo que nos corresponde llegar a ser(...)» mediante el «querer y realizar nuestra finalidad.(...)». ⁴²

³⁷ *Ibíd.*

³⁸ Prefacio del manuscrito *Feuilles Détachées*

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ Prefacio del manuscrito *Feuilles Détachées*, ver apéndice.

⁴¹ FD, 58º

⁴² FD, 59º

La coherencia entre el pensar y el actuar es para el pedagogo racionalista esencial: «la rectitud del comportamiento para el libre-pensador es estrictamente(°) esencial. Qué abuso se hace del concepto de “libertad”, el cual nunca puede equivalerse(sic) a libertinaje!».⁴³ Es sorprendente como sesenta años antes del famoso debate acerca de las proposiciones libertarias de A. S. Neill (Summerhill) y de las perspectivas abiertas por los movimientos juveniles de la década de los sesenta en los países industrializados, Ferrer estableciera la famosa distinción entre libertad y libertinaje.

El lector podrá calibrar el interés de las siguientes reflexiones sobre el progreso humano y su sentido. Según Ferrer, desde la perspectiva de «nuestros racionalistas (...) lo que nos interesa no son las respuestas al pasado, sino las preguntas que sugiere». Aquí es donde se plantea el debate verdadero debate que enfrenta a «los contemporáneos» en «diferentes» y distintos partidos y escuelas, «convencidos que no podemos convivir juntos en nuestro planeta». Ferrer se asombra de la magnitud de los recursos y medios que pone la civilización al alcance de la humanidad y de la pobreza de los resultados obtenidos en lo que se refiere a progreso humano: «¿Será posible que llegemos a que la máquina supere a hombre, las técnica al saber, el “confort” al anhelo íntimo, el triunfo a la razón y la fuerza a la justicia?».⁴⁴

El progreso humano conlleva el dominio de las técnicas de producción industrial: «El Progreso, hoy en día, parece iniciarse en progreso instrumental. Creo que esta definición es ya de Carlyle (1795-1881): el hombre es “a tool-making animal”».

El pedagogo, de ascendencia campesina, se siente incómodo ante la irrupción masiva de tecnología por parte de los «fabricantes de herramientas»:

«Mi descendencia, más que centenaria de agricultores, claro está, más me inspira aversión para el admirable fabricante de herramientas, y no ignoro lo que le debe la civilización en sus transformaciones esenciales, decisivas para la vida humana». ⁴⁵

Pero la rapidez de ejecución que permite el progreso entraña peligros tanto en los que se refiere al desarrollo del saber reflexivo como en lo que se refiere

⁴³ FD, 19°

⁴⁴ Prefacio del manuscrito *Feuilles Détachées*, ver apéndice

⁴⁵ *Ibid.*

al equilibrio del conocimiento y los valores morales: «me pregunto, con cierta inquietud, si, por ejemplo, la velocidad, que de día en día aumenta y achica el mundo, no plantea, en parte, el mal que observo en nuestros contemporáneos, uno de ellos, la fuga del pensamiento, de la meditación, de la conciencia? No olvidemos que el pensamiento es pausa...».⁴⁶

Esta idea concuerda con la música de otro apunte, según el cual «las divinas melodías del interior sólo fluyen en la paz del corazón humano». Las «cosas», la Naturaleza –el reino animal y vegetal–, desprenden un sentido de paz: «como la música que se propone más allá que nuestro placer, la significación de nuestro “sein und werden” (en allemand dans le texte- advierte Sol) descansa en nuestra maestría de las consonancias del pensar, del reino de la conciencia ante la paz que manifiestan las cosas».⁴⁷ Casi se podría ver un eco de religiosidad budista en estas consideraciones.

El diagnóstico es claro: se progresa en «inventos técnicos» y, al parecer, bajan los «valores morales»: «lo que ganamos en un aspecto, lo perdemos en otro, porque no hay equilibrio en la marcha del progreso técnico y el de la moral». El control del Progreso técnico es una amenaza real: «¿Vendrá el día cuando la máquina, obra del hombre, superará al hombre?».⁴⁸

La superación de barreras estatales y de fronteras será otro de los frutos del «Progreso»: «el Progreso dará de día en día al traste con (las?) fronteras».⁴⁹ Mas el progreso técnico tiene sus riesgos y en especial una terrible contrapartida cuando se sobrepone a la miseria cultural de la población: «El trabajo, la técnica moderna, al incrustarse en nuestro retraso moral e intelectual será, más aquí que en otras tierras más adelantadas, una mera dictadura técnica-para nosotros, una nueva esclavitud».⁵⁰

El pedagogo parece predecir los males de «la sociedad de la información» y los riesgos de la «globalización»: «llegarán tal vez las Naciones a unirse económico-políticamente, las misteriosas lejanías desaparecerán..., pero, y los egoísmos y demás taras morales no (...) vallados, más infranqueables que las fronteras?».⁵¹

Frente a tales retos de presente y de futuro, ¿cómo va a posicionarse el arte de la educación? : «mientras la Escuela (sobre todo la primaria y secundaria) se

⁴⁶ Prefacio del manuscrito *Feuilles Détachées*.

⁴⁷ FD, 11°

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ FD, 55°

⁵⁰ FD, 66°

⁵¹ (Prefacio del manuscrito *Feuilles Détachées*, ver apéndice)

mantenga como en la frase del griego antiguo “con un buey sobre la lengua”, es decir, que la escuela no obtenga su plena libertad de expresión, la humanidad andará vendada en el camino del progreso». ⁵² Al respecto, el fundador de la Escuela Moderna tiene sus dudas sobre si «las rutinas, los prejuicios que me esfuerzo en derrocar ¿no serán substituidos mañana por males peores?». ⁵³

Su «Escuela Moderna» ¿«sabrà o podrá evitar los escollos de tal progreso dantesco? ¿Le será dado siquiera perdurar, desarrollarse al compás de lo imprevisible, hoy?» ¿O bien ocurrirá que «la masa, el pueblo que ensalzo», este pueblo que el reformador quiere ver «poseedor» de los bienes de la tierra y de la felicidad individual, acabará reducido a un mero «rebaño mecánico»? ⁵⁴

Arte, belleza, no son conceptos en los que la pedagogía racionalista ferreriana se extendiera demasiado a nivel teórico. Su desarrollo en la historia de la civilización va parejo a la evolución de la búsqueda de la verdad, del conocimiento científico: «Ciencia, Arte, Moral, eternos ideales humanos, los (...) también: Verdad, Belleza y Bien. Percibimos estos ideales (...) [relativos] al conocimiento, al sentimiento y voluntad. Son conceptos (...) [o] tendencias de nuestra psique, desde milenios(...)». ⁵⁵ En cualquier caso, lo que caracterizó al siglo XIX y caracterizaba también al siglo XX era el desarrollo «vertiginoso» e «histórico» del primero de los elementos de la terna anterior: la Ciencia.

La relación entre ciencia, arte y moral viene de lejos y, en este sentido, Ferrer destaca que «si es saludable vivir al compás de su tiempo [igualmente sano será] revivir las enseñanzas del pasado, el que no envejece(...)». Rompe una lanza a favor de la historia del pensamiento clásico de filósofos como Platón («el alumno que saborea las bellezas de los textos de Platón tiene (¿) su alma marcada por este insigne “maestro de las ideas”(...)»). ⁵⁶ Aproximarse, pues al pensamiento clásico, es necesario, teniendo en cuenta, claro está, la «edad de los alumnos», aunque el pensamiento-la filosofía- deberían de incorporarse a su desarrollo psíquico «como los idiomas» cuya función nutricia y estructuradora obra en el niño desde el principio (aquí Ferrer usa el símil de la «leche maternal»).

Ferrer parece indicar que la expresión precisa de la idea en sí genera belleza y ritmo: «adiestrar al alumno a conseguir la expresión exacta del pensamiento, de la idea, ampliar el vocabulario. En la concienzuda búsqueda de la palabra

⁵² FD, presentación

⁵³ *Ibíd.*

⁵⁴ FD, presentación

⁵⁵ FD 36º

⁵⁶ FD 36º

adecuada surge la ley de la medida, de lo bello, del ritmo que concede a la idea su equilibrio erguida sobre su pedestal»⁵⁷.

La conexión de arte y vida, «que perduran, siempre renovados», es decisiva. Un racionalista librepensador como Ferrer tienen forzosamente que referirse a la forma de presentar o tratar pedagógicamente las grandes incógnitas de la existencia humana: «Según las oportunidades, con infinita delicadeza, aprovechar la emotividad que lo bello inspira para que el niño perciba o se inicie el agradecimiento que brota de su corazón, hacia la vida, hacia él mismo, hacia la existencia, levantando su vista hacia los infinitos espacios eternos que le permitirá soportar - merecer- la sublime soledad consciente del hombre».⁵⁸

La interpretación de este pasaje no es del todo clara. Lo bello despierta sentimientos de gratitud hacia la vida y la propia existencia. Parece decir Ferrer que la visión de lo infinito y eterno del universo permite soportar y merecer la «sublime soledad consciente del hombre», una vez éste se ha liberado de creencias religiosas dogmáticas por las que «el creyente se contenta de una expiación “revelada” y a su medida creó su Dios».⁵⁹ Para el fundador de la Escuela Moderna, «el libre-pensador, el racionalista (sic) se adentra en una eternidad inconmensurable (:??) que le embrega con incógnitas insospechadas. Su pregunta ha de mantenerse serena. El cielo, la luz, son la alegría de su mundo, que concreta la elevación de su espíritu, vibrante de emoción».⁶⁰

La idea de un Dios «legislador de los espíritus» es un constructo humano, una creación «mitológica»: «el mito del dios, legislador de los espíritus, creado para los primitivos filósofos necesitados de un valor indiscutible (...) dio lugar a la mistificación de las [explicaciones] mitológicas antiguas (y modernas...)».⁶¹

La propuesta ética de Ferrer («nuestra moral social, progresista [?], humanitaria e individualista») se autoproclama superadora del cristianismo al promover la «verdadera igualdad humana, superior a la idea de caridad cristiana, humillante: nuestra moral, basada sobre la Ciencia, incluye a todos y a cada uno». Esta propuesta es contraria a la idea del sacrificio humano de inspiración cristiana.

Premonitoriamente, el futuro mártir librepensador tiene un recuerdo hacia Jesús de Nazaret, acaso una concesión a su educación católica: «Cuán justificadas eran las palabras de Cristo en el Gólgota a su divino padre!...». El sacrificio

⁵⁷ FD 14º

⁵⁸ FD 7º

⁵⁹ FD 9º

⁶⁰ FD 10º

⁶¹ FD 34º

individual no puede decretarse («es únicamente por la propia voluntad que[sic] puede imponerse un sacrificio de tal índole»).⁶²

Y avisa de que «tal vez fuese yo capaz de ofrecer hasta la última gota de sangre, en defensa del pueblo», al «abogar» «incondicionalmente por su total emancipación intelectual y económica»⁶³. Mas esta «emancipación» sólo puede ser fruto de un proceso de persuasión, de convencimiento o consenso generalizado, sobre la base de la tolerancia. Algo misteriosamente, después de apuntar la posibilidad de su sacrificio voluntario por el bien de todos, indica Ferrer tras un punto y seguido: «sin embargo, es preciso aceptar la idea de que en toda sociedad haya ideologías, talentos, temperamentos distintos y dotes dispares. Por ello[?] se impone la tolerancia completa, recíproca».⁶⁴

La base de la ética ferreriana es, pues, la Ciencia, maestra de vida, ya que lo que verdaderamente importa es «saber verter (?) la modesta ciencia adquirida en el caudal del existir y trepar inexorable(mente) (?) hacia el deber que nos dicta»⁶⁵.

Pero quién o cuál es el sujeto de esta frase última? ¿Quién dicta el deber, ¿la ciencia, o la consciencia? Para un cientifista el desarrollo científico, la Ciencia, moralmente aplicada, coincide con el Bien y dicta la Ética: «al Progreso le corresponde dictar una nueva moral», que acabará imponiéndose a creyentes e increyentes.⁶⁶

Pero ¿no hay en este razonamiento un sofisma, una clara petición de principio? ¿No es acaso una contradicción hablar de «moral científica»? Al fin y al cabo quien va a acabar decidiendo sobre la aplicación ética de la Ciencia será la ciencia, la Moral.

Ferrer asume que la elevación universal del sentido moral en la población depende del nivel de educación (racional, científica, humanitaria): «Cuando el pueblo alcance la cultura generalizada a que tiene derecho su cultura moral superior se valdrá juiciosamente (de esta potencia) (entonces no sólo en concepto numérico) para imponer la moral científica/ la ciencia (...)», escribe.⁶⁷ Más clara todavía es otra formulación: «Cuando el pueblo alcance la cultura generalizada a que tiene derecho su comportamiento, valiéndose juiciosamente de esta potencia, entonces no solamente numérica, pero también cualitativa), sabrá

⁶² FD 36º, 48º

⁶³ FD 49º

⁶⁴ *Ibíd.*

⁶⁵ FD 12º

⁶⁶ FD 12º

⁶⁷ FD 55º

imponer su nueva moral(...) científico- fisiológica, que no podrá menos de sentar que por nuestra misma naturaleza, tenemos todos los mismos derechos, sin excepción alguna, al sino noble y digno, de todos los hombres». ⁶⁸

La principal diferencia entre «Principios de moral científica para uso de las escuelas racionalistas» y los pensamientos que acabamos de analizar es que los primeros tienen un carácter propositivo y los segundos un estilo más íntimo, reflexivo y hasta dubitativo, como acabamos de ver. El manuscrito «Principios de moral científica para uso de las escuelas racionalistas» (Cárcel Modelo, 28 de febrero de 1907, Madrid) fue descubierto y descrito en su contenido básico por Sol Ferrer, quien, más que ofrecer elementos críticos con relación al texto, asume sus principios. Esta obra fue pensada para maestras y maestros de escuelas racionalistas. Con razón afirma la hija del fundador de la Escuela Moderna que este esbozo de obra es genuino de Ferrer. Podemos añadir que es más genuina y personal que La Escuela Moderna, obra que, a fin de cuentas, fue editada por Anselmo Lorenzo después de muerto aquél.

Según el manuscrito «será moral el hombre que en todos sus actos tienda al bienestar de todos los demás hombres». «En cuanto haga ha de procurar dar ejemplo de los que los demás deberán hacer». Para Ferrer «todos los hombres son responsables de las injusticias sociales por el mero hecho de formar parte de esta sociedad inmoral. Sólo se libra de responsabilidad el hombre de conducta moral que hace cuanto puede para inculcar a los demás el amor al prójimo y la fraternidad sincera y positiva». ⁶⁹

Misión de los docentes es inculcar a sus educandos, a través de la mera lectura de la información que ofrecen los medios de comunicación, un alto sentido de justicia social, por una especie de método «a contrario», es decir, a base de convencerlos bien de la «realidad de las injusticias sociales»:

«Conviene que cada maestro utilice las noticias que casi sin comentario publican los diarios, ora de un hombre que muere de hambre, ora de otro que cae de un andamio, ya de una explosión de grisú causada casi siempre por avaricia patronal en que perecen centenares y miles de mineros, ya de soldados que se suicidan por temor a castigos innecesarios, ya de actos de barbarie cometidos en guerras civiles, coloniales o de conquista. Son innu-

⁶⁸ FD 52º

⁶⁹ Todas las citas textuales que siguen, salvo indicación contraria, provienen del manuscrito «Principios de moral científica para uso de las escuelas racionalistas», Cárcel Modelo 28 de febrero de 1907, consultado por el autor del artículo en el Archivo Ferrer Guardia San Diego.

merables los hechos que pueden servir de ejemplo para que los niños se convenzan bien de la realidad de las injusticias sociales».

El primer deber moral del niño es «darse cuenta de que por sí solo, después de haber nacido, no habría podido vivir. A los cuidados que por él han tenido sus padres u otras personas es a lo que él debe su existencia. Este hecho le hará comprender que existe un lazo de solidaridad entre los hombres sin el cual sería imposible la vida (...)».

No sólo los menores necesitan el apoyo ajeno sino también otros sectores de la sociedad: ancianos, minusválidos, enfermos. De esta observación deducirá el niño que su ser «hombre moral» comporta preocuparse por estos sectores débiles, tal como otros se han preocupado por él.

El deber de entrada es cuidar la salud «para evitar molestias al prójimo y poder ser útil a todos». La alimentación será sana, equilibrada y moderada: «una alimentación sana y bien ordenada es el mayor enemigo de los médicos y los farmacéuticos»; se puede beber alcohol de forma moderada (en reuniones de amigos, por ejemplo, ya que «como poco veneno no mata, tampoco perjudicará salirse una vez, de cuando en cuando, de la regla si se hace con la moderación que el entendimiento determine»), pero hay que prevenir contra el consumo del mismo entre los menores, a quienes hay que acostumbrar al consumo del «agua pura y cristalina») y la higiene personales, el evitar «excesos de ninguna especie» son cuestiones básicas para mantener la salud. No conviene fumar: adultera el ambiente, en particular en locales cerrados. Además de los excesos de comida y bebida y fumar (que degeneran en vicio y quitan la salud), hay que evitar los excesos «que se cometen en el trabajo, en el juego, en un ejercicio cualquiera y hasta en el descanso».

Un movimiento corporal razonable es conveniente a la salud del cuerpo, del mismo modo que un razonado trabajo intelectual es bueno para el desarrollo de la inteligencia. Demasiado ejercicio corporal «debilita y enferma al organismo». Tampoco será bueno hacer estudiar a los niños más de la cuenta.

El hombre moral cuidará su lenguaje. Empleará un lenguaje correcto, con palabras «que traduzcan fielmente el pensamiento», con lo que se evitarán «malas interpretaciones» y «se corregirá el abuso que cometen muchos empleando palabras de significado diferente al que se proponen». Además «al lenguaje correcto habrá que acompañar una conducta correcta». Ésta corresponderá a quienes sean sinceros y veraces y amen la libertad y «el bienestar para todos».

La segunda obligación del «hombre moral» es cuidar su instrucción «estudiando siempre que le sea posible y observando siempre lo que sucede a su alrededor». Pero «sin un conocimiento profundo de las ciencias naturales se hacen difíciles los otros estudios». Recomienda a jóvenes y adultos *El Hombre y la Tierra* de Elisée Reclus.

Cada uno es responsable de su conocimiento y gestiona el fruto de su experiencia vital, por lo que el saber se va adquiriendo: no nacemos enseñados, sino que «adquirimos ideas y conocimiento de las cosas según los que nos rodean y según las reflexiones que ellos nos sugieren». Por ello, no procede «hacer responsable a nadie de las ideas adquiridas ni de los pensamientos expresados».

La ciencia es fruto de la rebelión humana a aceptar el poder autoritario y la opresión económica: «fue preciso que se abusara del poder autoritario para que se produjeran rebeliones y con ellas el estudio y la observación», de modo que la ciencia nació «del estudio y la observación de los primeros rebeldes».

El papel de la ciencia en la antropología y la andragogía racionalista es fundamental: «por la ciencia, que es la verdad de las cosas, se descubrió el engaño de las religiones, la ilegitimidad de toda propiedad superflua y la inmoralidad de toda autoridad». En efecto, «ningún representante de religión alguna ha podido probar que haya un ser sobrenatural ni exista otra vida después de la muerte». Las distintas religiones se contradicen entre ellas respecto a sus creencias.

«Absolutamente ninguno, ni aun los más osados que se titulan científicos, pueden hacer la menor experiencia que patentice ni siquiera una parte de verdad de sus aserciones. Ni la existencia de dios, ni de dioses, ni de almas, ni del cielo, ni del infierno, ni del purgatorio ha podido ni puede probarse de ninguna manera».

Pero desde que la ciencia se popularizó «decaeron las religiones, perdiendo la fuerza y prestigio que tuvieron cuando la verdad era fruta prohibida». La instrucción racionalista que habrá recibido le llevará a la convicción de que «el hombre moral ha de trabajar, ha de producir lo que su saber y su fuerza permitan».

La enseñanza racionalista producirá a los hombres morales necesarios para transformar en su día «esta sociedad inmoral» por otra de «amor, libertad, altruismo y felicidad general». Este proceso se traducirá en una obra de paz «y de recreo moral para sus semejantes y para él mismo». Quien sea educado en estos parámetros no se prestará a la producción de armas. Se convertirá en un activista social: «Así que la edad se lo permita entrará a formar parte de las Centros Instructivos y Sociedades populares que persigan la emancipación humana». Pero dentro de los centros tendrá que desarrollar una actividad tenaz para que sus miembros no pierdan el tiempo en «cosas baladías».

Y, como habrá estudiado el origen de las religiones, el origen de la propiedad, de la autoridad y de la idea de patria, podrá:

- a/ «con facilidad hacer perder los prejuicios religiosos a quienes los conserven»;
- y b/ deshacer los prejuicios sobre propiedad, autoridad y patria.

Las religiones son para Ferrer el colmo de la inmoralidad: «los que se apropiaron primitivamente (de) las tierras utilizaron al ideal religioso para consagrar su autoridad y la de sus representantes. Establecieron castas sacerdotales cuyos individuos se atribuían la representación del Sol o de un dios cualquiera». Estas castas sacerdotales tenían el aura de la sabiduría y, si se hubieran atenido a sus conocimientos para instruir a la población «sobre las cosas y prácticas favorables a su salud y a su libertad», su cometido habría sido moral.

Mas no fue así, ya que «abusaron del prestigio que les daba su saber para la consagración propietaria y autoritaria», emanada como de un poder divino o sobre-natural. Engañaron a la gente y este engaño se ha mantenido hasta hoy, con lo que han perdido, las religiones, toda «fuerza moral, todo respeto». Y «hacer esperar placeres y dichas para después de muertos a los que viven en sufrimiento perenne es una burla que los hombres morales no pueden perdonar a los que se dicen religiosos profesionales». Así pues, no hay, para Ferrer, espacio para excusas, excepciones, ni matización o paliativo alguno a esta condena de las religiones y de los oficiantes de las mismas.

La inteligencia de los propietarios ladrones sólo fue superada por la de los curas «que se dan una vida de placer aconsejando a sus fieles la mayor resignación en sus penurias y sufrimientos». La religión sería así un auténtico sustitutivo o ersatz, aquel «opio del pueblo» de que hablara K. Marx, por parte de quienes «al mismo tiempo consolaban a los pobres, a los miserables asegurándoles que era insignificante la vida terrestre en comparación con la vida celestial que les esperaba después de muertos». Esta situación, por increíble que parezca ha llegado hasta «hoy día mismo (en que) hay millones de hombres que continúan consolándose de las penas de la vida esperando recompensas para otra vida insensata, imposible».

Podría parecer extraño que «careciendo de base científica todas las religiones se hayan podido mantener aunque transformándose según las necesidades de la época». Pero resulta ello más natural cuando se cae en la cuenta de que también «la idea de propiedad», igual que la de «autoridad», han sufrido una transformación similar, pero se han mantenido.

La educación desde niños contribuye a la perpetuación de tales lacras: «desde niños nos acostumbran a practicar una religión, a respetar o a admirar a los hombres con uniformes o con insignias y a hacer limosnas, con lo cual se reconoce como natural la posesión de fortunas o la de miseria y pobreza».

En las conclusiones del capítulo IV del manuscrito Ferrer aporta nuevas ideas a su condena de las religiones. Los representantes de las religiones han provocado y provocan guerras «para mantener su prestigio y no para que los pobres tengan su puesto en el banquete de la vida». La religión es inmoral sencillamente porque «no predica la fraternidad humana sino la sumisión a leyes que llama divinas porque son incomprensibles».

La defensa de la propiedad abusiva es la fuente del autoritarismo. La propiedad individual es lícita cuando sirve a la satisfacción de las necesidades vitales de todo tipo. Y «es comprensible que uno use su autoridad para la defensa de lo que es útil a su existencia (...). Pero no ha de ser plausible ni es moral la propiedad de cosas superfluas mientras haya individuos que carezcan de lo indispensable para la vida».

Por esta razón, la autoridad que defiende a este sistema de propiedades «superfluas» (por ejemplo las posesiones de los terratenientes «que se apoderaron de terrenos mayores a los necesarios para su manutención (y que) aumentaron su inmoralidad cuando usaron de la astucia o de la fuerza para hacer trabajar a otros en provecho propio») es ilegítima, «cuando muchos otros no tienen alimentos, abrigos ni albergue».

Este fue el acto inmoral original. Pero el sistema de la posesión abusiva inmoral fue posible no sólo por la acción de los propietarios sino igualmente a causa de «los primeros ignorantes o desgraciados que aceptaron el trabajo para otro sin que el fruto del trabajo fuese repartido equitativamente. (Éstos) fueron los primeros fomentadores de la inmoralidad».

El trabajo «es indispensable a todo ser viviente». Sin el trabajo sería imposible la vida. El trabajo que fomenta la explotación humana es inmoral. Es moral «el que se hace a favor y en bien de todos».

La alienación de los frutos del trabajo se ha dado desde entonces para todas las categorías de trabajadores, incluso los más creadores como los artistas: «los mismos artistas que crearon obras maravillosas, a pesar de su saber, a pesar de su talento, a pesar de sus obras, murieron y mueren casi todos de hambre (...). El trabajo, tal como se efectúa hoy en todas partes del mundo, es inmoral, lo más altamente inmoral».

Pero no es sólo la alienación de los frutos del trabajo a la que están sometidos todas las clases de trabajadores, albañiles, artesanos, modistas o cama-

remos... Además está la inseguridad permanente del trabajo precario y de los salarios a la baja: «casi siempre tiende temblando la mano (el trabajador) para recibir el irrisorio salario de su trabajo, temiendo todavía que le anuncien una disminución de cantidad o el término total del mismo».

Un sistema de autoridad coercitiva, a base de reclutar a hijos del pueblo como vigilantes, capataces o directores hizo el resto: «les adornaron con distinciones, ora una pluma o un galón y les dieron además, cuando fue necesario, un palo, un arco u otra arma para hacerse respetar».

Aunque retribuidos miserablemente, estos «guardianes de bienes ajenos» aceptaron su rol:

«Una señora, que representaba la más alta autoridad de la nación, visitó una vez el presidio de Tarragona y en presencia de los cabos de vara, cuyas malas fachas resaltaban por entre las de los considerados terribles criminales, preguntó al director del penal que de dónde sacaban aquellos cabos de vara, y al oír la respuesta de que de los mismos presos replicó la señora: “valientes canallas”. Estas dos tan severas como justas palabras podrían aplicarse, si se profundiza bien el origen de toda autoridad, a cuantos la ejercen, aun a la misma persona que las profirió a pesar de titularse S.M. la reina».

Los guardianes de bienes ajenos iniciales dieron origen a los ejércitos, que servían a los propietarios de la tierra y de los hombres para combatir entre ellos, y, por descontado, para mantener e incrementar sus propiedades. No bastaba la superestructura religiosa para controlar a la población ni a los posibles brotes de resistencia y rebeldía.

«Aceptado ya por unos hombres el papel de defensores, aun a costa de su vida, de los bienes ajenos mediante un salario o ínfima parte del botín logrado, quedó creada la casta militar. La compusieron primeramente los hombres más amantes de aventuras que de un trabajo (a) pacible y utilitario. En segundo término, se veían y se ven atraídos hacia la profesión de las armas por la brillantez de los uniformes. Y por último formaron parte de las tropas los infelices que creyeron era un deber exponer su vida en defensa de personas y cosas que conceptuaban ser de origen superior a su propia procedencia».

A sus posesiones adquiridas con fuerza y astucia le dieron el nombre de patria los primeros «que lograron afianzarse en un mismo paraje». Mientras

los propietarios se acomodaban entre sí, «cuando era posible», los soldados/guardianes se consideraban felices de ser «los defensores de su Patria». La «costumbre» de la milicia arraigó y se fue transmitiendo «desgraciadamente» de generación en generación. Lo curioso del caso es que la práctica de la milicia, inicialmente voluntaria, más tarde fue objeto de imposición u obligación:

«En efecto, casi todo el mundo cree hoy ser un deber sagrado – el más sagrado-, el defender la patria, aunque no tenga uno donde caerse muerto, ni donde coger nada de lo indispensable a su vida. El arraigo de este supuesto deber en la mentalidad humana ha sido tan eficaz para los poseyentes de los bienes que componen las patrias que se ha llegado a poder disponer de las vidas ajenas como la cosa más natural del mundo. Primitivamente las fuerzas armadas tenían por misión defender el suelo que se llamaba patrio o hacer conquistas para engrandecerlo. No se olvide que los soldados defensores del suelo o conquistadores de nuevas tierras ni suelen tener suelo...».

Cambiaron luego los amos de las patrias, pero los alienados súbditos de las mismas seguían contentándose con las explicaciones de sus nuevos amos. La idea de patria, como algo para muchos «grande, elevado y digno de todos los amores» y con toda su carga emocional, consume la alienación del pueblo. Naturalmente en la base de esta idea está el amor a la tierra donde se nace:

«Este recuerdo tiernísimo se transforma poco a poco en amor profundo, sobre todo por el querer especial que uno pone a (en) todas las cosas que nos rodean. Influye también mucho en el amor del lugar de nacimiento la crítica que de pequeños oímos constantemente en contra de las cosas y de las personas de fuera. Y queda solidificado por el amor patrio cuando en la escuela a la par que en la familia y en los libros, diarios y revistas no nos enteran más que de actos heroicos, empresas sublimes y luchas tremendas a favor y en pro de la patria».

Se llega al convencimiento del sacrosanto deber de defenderla, muriendo si es preciso con las armas en la mano: «Basta con que se invoque el nombre de la patria para que una inmensidad de gentes se pongan como fieras a defender un mito, una cosa impalpable, inexistente para ellos. ¿Qué patria posee el que nada tiene, el que carece hasta de lo más necesario a su existencia, el que careciendo

de un jornal ya no puede siquiera comer?. Se comprende también que usen del concepto de patria los que se enriquecen con el trabajo ajeno porque justifican el poco salario dado con la competencia hecha en países extranjeros (...). Los trabajadores aceptan el escaso salario creyendo ser un deber patriótico...».

Pero cuando un hombre observa, piensa, viaja...la idea de patria se modifica. Uno repara en que los beneficiarios de la idea de patria son en cada país los mismos propietarios y privilegiados, que de forma parecida manipulan los sentimientos patrióticos del pueblo, «de los pobres, de los que nada tienen que ganar o defender». La mayor parte de guerras —prosigue el manuscrito de Ferrer— parten de estas premisas, con la excepción reconocida (y poco frecuente) de revoluciones y rebeliones populares «no a favor de la patria sino en contra de sus tiranos y de sus amos explotadores».

Por todo lo expuesto, según Ferrer «todo amor patriótico es inmoral (...) Habría una moral patriótica cuando los hombres de una región o de una parte cualquiera de la Tierra se constituyeran en propietarios comunes de cuanto en ella existiera. Si los nacionales de una patria común pudieran satisfacer sus necesidades físicas, intelectuales y morales sin excepción alguna, podrían llamarse dignamente patriotas con tal de que su bienestar no fuera a costa de pueblos ajenos».

Ahora bien, una vez reconocida la propiedad injusta («por el acaparamiento de la tierra») y la autoridad abusiva se abrió la puerta a la posibilidad de toda suerte de abusos:

«La pasión de poseer fue en lo sucesivo lo más dominante entre los hombres. El mal ejemplo dado por los primeros inmorales fue repetido por todas partes. Todo el mundo quería ser propietario o ejercer de autoridad para conservar la propiedad a los que la poseían (sic). Y los descendientes de los que trabajaron por cuenta ajena continuaron contentándose con lo que les daban por su trabajo. Hasta llegaron a sufrir hambre y morir de inanición por el respeto que se les había sabido inculcar a la propiedad. Desgraciadamente se ha transmitido hasta nuestros días este respeto por parte de los que nada poseen a no ser su miseria, su pobreza o su ignorancia. Al mismo tiempo fue en aumento la osadía de los propietarios llegando hasta lo que vemos hoy...».

El trabajo es inherente a la lucha humana por el sustento y la alimentación cotidianos. Perecen quienes no reciben el alimento necesario para su propia conservación. «El trabajo humano llegó a producir maravillas con relación al desarrollo siempre creciente de la inteligencia», pero los astutos primeros «inmo-

rales» aprovecharon todos los inventos, los pobres, los esclavos «continuaron y continúan» siendo utilizados y explotados para provecho de una parte.

Los jueces —la justicia— y los sacerdotes —la religión— no han hecho sino cohonestar este proceso. «Las sentencias de los primitivos jueces fueron tomados por el pueblo como oráculos divinos. Así como los sacerdotes hablaban y hablan en nombre de su dios y las tropas guerreaban y guerrean todavía implorando la protección divina cuando no dicen obedecer a su mandato (...), así los jueces juzgaban en nombre de una justicia celestial. En la mayor parte de locales donde hay que ejercer esta función que se llama de justicia existe todavía una efigie de una divinidad, para dar más importancia a las sentencias dictadas».

Todos los códigos y todas las leyes obedecen a la preocupación de mantener a los propietarios en el goce de sus posesiones superfluas. También el público en general es más severo con los atentados a la propiedad en su juicio espontáneo que con otros delitos, objetivamente más graves, como matar al prójimo. «En una sociedad perfecta no serían necesarios los jueces, por inútiles», ya que la causa principal de los desarreglos, la propiedad privada, sería removida. Tampoco para los crímenes pasionales son necesarios para castigarlos, ya que «ellos mismos se hallan sujetos a la comisión de los mismos actos». Los esfuerzos gastados en castigar cundirían socialmente mucho más si se emplearan en prevenir, instruyendo y facilitando una vida de libertad y amor.

También la infraestructura política de cada nación está al servicio, como la justicia, la religión o el ejército, de la propiedad privada: «los políticos que en todas las naciones se titulan conservadores son lógicos en sí mismos si tienen propiedades superfluas o privilegios que conservar y defender».

Por su parte la política liberal (de liberales, demócratas, republicanos, radicales, socialistas, etc.), opuesta a los conservadores, es —dependiendo de cada estado— más o menos moral, según el plan que sus adeptos propongan.

Ferrer distingue aquí entre políticos «reformistas» y políticos «revolucionarios». Frente a las pretensiones de éstos, los mismos conservadores prefieren ceder algo e ir modificando sus leyes y modificar su política «ante la siempre creciente protesta en contra de sus privilegios (y) el miedo de perderlo todo» y, en el fondo, «se han cuidado mucho de que en el fondo nada se modificara (en relación) al derecho de propiedad».

Una de sus concesiones al pueblo es concederle el sistema parlamentario. Cuando estos políticos conservadores se ven apurados ceden el gobierno en rotación a los liberales reformistas, «con lo cual queda el pueblo calmado y engañado». Los reformistas de buena fe pueden considerarse en el fondo

«políticos inmorales inconscientes», mas la mayoría son tan inmorales como los conservadores en su defensa tenaz del derecho de propiedad.

Y los electores de los partidos se hacen, en este estado de cosas, «cómplices de la inmoralidad gubernamental» al aceptar un sistema «fracasado y altamente corruptor». Los revolucionarios deberían abstenerse de votar a representante parlamentario alguno. Su acción directa en la localidad tendría más fuerza que la que puedan conseguir a través de los pocos representantes parlamentarios suyos.

Queda sólo una «política moral»: la que plantea «el derrumbamiento de toda la máquina gubernamental, representante de la inmoralidad propietaria (...), para el establecimiento de un régimen en el cual sean las riquezas y los bienes comunes y puedan los hombres satisfacer sus necesidades sin menoscabo de las ajenas. El ideal de los políticos morales es el que se expresa en esta forma: a cada cual según sus necesidades; de cada cual según sus medios».

En el fondo sólo hay dos clases de política: la pasiva/inmoral y la activa/moral. La primera, conservadora o reformista, mantiene el status de la propiedad privada. La segunda busca el cambio radical del régimen capitalista en un horizonte de justicia social.

El objetivo de todo este activismo cultural resistente a la duda, a la indiferencia y al escepticismo generales, será doble: por un lado, discutir el fin de la explotación del hombre por el hombre; y por el otro discutir cómo establecer un régimen de paz, amor y bienestar para todos.

El «plan de discusiones» queda estructurado en tres partes: 1/ demostrar la inmoralidad de los regímenes actuales; 2/ establecer los medios más adecuados para el cambio de régimen; 3/ «instauración y defensa de un régimen moral».

En primer lugar, la inmoralidad de los regímenes actuales es asumida por la mayoría, incluso por los sectores privilegiados de la población. El sentir general es de desaprobación de injusticias como el abandono en la calle de hijos de trabajadores muertos o no accidentalmente, o ver mendigar a ancianos que han pasado toda su vida trabajando para los demás «y sin haberse podido dar jamás, tal vez, un solo día de satisfacción».

Ahora bien, en la discusión de la segunda parte del programa surgen diferencias y una diversidad de criterios «arraigados por la rutina, por la lectura siempre de los mismos periódicos y por la casi nula observación que hacen los hombres de las cosas». Hace falta aquí paciencia y discusión amistosa para deshacer errores y para hacer ver «los medios de que se valen los privilegiados para mantener el régimen inmoral: el engaño y la fuerza». El engaño permite hacer ostentación de legitimidad de los propios bienes y beneficios abusivos, sirviéndose de «las religiones, sistemas educativos y políticos para que el pueblo acepte, tolere y

respete (los) tales derechos». Va acompañado del monopolio de la fuerza armada. Dar la vuelta a la situación es posible: lo mismo que en Medicina, cuando se conoce el origen de un mal, es fácil dar con el remedio que lo pueda curar o hallar «la prevención que lo podrá impedir».

De hecho, a la fuerza opresora se la puede combatir o bien convenciéndola de su inmoralidad o bien presentándole otra fuerza superior. De hecho la fuerza de choque del capitalismo es el pueblo: a éste y también a los que «no sean hijos del pueblo» hay que convencerles, sobre todo «por la constancia individual de los socios de los Centros Instructivos y Populares». El destinatario de la propaganda es «el hombre moral», «con la fe y el amor que dan la seguridad del cumplimiento de un deber!»:

«Sin embargo, como el medio convincente no habrá de bastar, se procederá al estudio del medio de presentar una fuerza superior a la fuerza opresora. Se contará la fuerza que hay en toda la nación y se conocerá bien de cómo está distribuida en los pueblos y las ciudades de la misma. No prosigamos relatando los detalles de las discusiones y de los estudios que, referentes a esta parte del programa, se podrán hacer en las Sociedades aspirando a ser morales». Para Ferrer este tipo de actuación es bien viable, si media voluntad, convicción, fuerza y energía.

Queda la tercera parte del programa: «instauración y defensa de un régimen moral», que no puede ser otro que un régimen comunista donde sus unidades, pueblos y ciudades «se federarán entre sí para el cambio de productos»: «todo lo que existe en el pueblo es de todos los habitantes del pueblo, cuanto contiene la ciudad pertenece a sus habitantes».

El dinero sólo servirá para las relaciones comerciales con países que no hayan adoptado el régimen comunista. Las sociedades de resistencia se transformarán en sociedades federadas «para producir y cambiar los productos de todos y para todos». Por su parte «las cooperativas fundadas como ensayo de lo que habrá de ser una sociedad comunista servirán de base para la distribución de los productos necesarios a la vida». El trabajo de todos servirá para el bienestar común: el afán de embellecer la vida haría de todos los hombres artistas de mérito en todos los ramos del trabajo manual, intelectual y artístico.

Instaurar y conservar «un régimen de moralidad» no es cosa fácil, ya que «la mayoría de los hombres está impregnada del régimen actual que no concibe una transformación radical». Pocos piensan en un cambio «absoluto del régimen capitalista»: a lo sumo, se contentarán con «un poco más de libertad, aumentos de salarios, disminución o supresión de curas (...), creación de cajas de retiros para la vejez (...), etc. etc.».

He ahí plasmada la utopía de una sociedad comunista integral: «todo cuanto sirve para la vida humana procede de la tierra o de su atmósfera. Por consiguiente, del hombre es, del hombre ha de ser. Decimos del hombre queriendo decir de todos los hombres, de todas las mujeres, de todos los niños, de toda la raza humana. Basta que esta idea penetre en las mentalidades morales para que ellas hallen la manera de poner en aplicación esta realidad», operando la transformación absoluta en un «régimen nuevo: Sociedad Moral, República comunista, República Social, República Federal comunista, etc. Lo importante es que el hecho sea real; es decir que desde el día del nuevo régimen sea todo de todos, todo común a todos los hombres».

Mientras una clase de hombres reconoce que «en la sociedad se cometen abusos», estudia sus causas y está dispuesta a combatirlos, hay otra categoría de personas enemiga de todo cambio. Se trata de los que «no tienen (tengan) fe en un porvenir de felicidad humana o no siguen (sigan) un buen camino para alcanzarlo». Como no tienen ninguna prisa en desterrar a la injusticia, no serán sus amigos, aunque en las relaciones que tenga con ellos «no ocultará sus ideas y su ideal de mejoramiento social», y su conducta «contribuirá a la moralidad de algunos».

De hecho, el hombre moral, según Ferrer, tratará de demostrar el error en que viven los tildados de inmorales, «presentándoles argumentos convincentes, pero sin enfadarnos con ellos si no logramos convencerlos, porque tanto se arraiga la verdad como el error en los cerebros humanos». Hay que considerar siempre de buena fe «al adversario que contradiga nuestras teorías, creyendo que defiende las suyas por una convicción errónea». Pero cuando el oponente es alguien con un alto nivel de instrucción y de cierta posición social «no creemos en su buena fe sino en su interés en conservar un régimen protector de todos los privilegiados».

Sin enfadarse y con buenos modos, el «hombre moral» marcará distancias haciéndole comprender que no se le considera «digno de figurar como amigo» de los hombres morales. Ya que «son muchas las personas de mala fe» con las que no sirve argumentar desde presupuestos racionales y morales. El empeño en convencerles es pues vano.

El hombre moral será en cambio amigo de los primeros y se unirá a ellos en las plataformas asociativas pertinentes ya creadas o ayudará a que se funden: «el hombre moral no vivirá aislado. Buscará la compañía y reunión con los morales o con los que deseen serlo».

La experiencia animal y humana se remonta a los millones de años de la evolución: «es incalculable el número de miles de siglos que habrás necesitado para que los primitivos seres llegasen a tener el órgano receptor de sus observaciones»,

el cerebro, y a tener «rudimentos de memoria» a partir de la observación de la repetición de los fenómenos naturales.

Las especies animales y también los humanos dieron en la cuenta de la importancia de la asociación entre ellos, del «apoyo mutuo» para asegurarse la alimentación: durante «miles y millones» de años esta fue la ley entre los animales, pero, al llegar a una «cierta transformación mental» la especie humana se desmarcó de esta «sublime» ley del apoyo mutuo, que fue substituida por la «explotación mutua»:

«el desarrollo intelectual en el animal hombre ya se producirían tan desigualmente que permitió a los más inteligentes formar asociación aparte de los menos capacitados».

Empezó de este modo la usurpación de tierras «con la aprobación y beneplácito de los demás. Y los que fueron más inteligentes desde la formación de la raza humana (siguieron) asociándose para conservar y proteger sus privilegios hasta hoy en día».

Los explotados en cambio, no se han servido de los constantes ejemplos del reino animal a favor del apoyo mutuo frente a «seres más fuertes que ellos». Ferrer es drástico o taxativo: en ninguna sociedad humana por civilizada que sea la nación existe una asociación de individuos para el apoyo mutuo: «por ese motivo no hay moral social en ninguna parte de la tierra, a no ser en ignoradas tribus donde se respeta la libertad y la vida de todos».

Ello hace que ahora las naciones civilizadas lo son sólo de nombre, ya que hace falta para (los pueblos) llamarse civilizados el que «sus individuos se convezan de que el verdadero bienestar estriba en que todos los hombres puedan gozar de él en libertad». De poco han servido los luchadores a favor de la «buena justicia» frente a los «prejuicios que dominaban a las muchedumbres», frente a los que los «actos de los rebeldes» activistas sociales se quedaban «sin efecto visible o inmediato».

Mas ahora «las circunstancias han variado muchísimo. Desde que la ciencia demuestra la unidad de la materia y por lo tanto la falsedad de cuanto afirman las religiones respecto a seres sobre naturales, se ha desvanecido el prejuicio religioso».

Igualmente, la facilidad de comunicaciones que aumentan la posibilidad de viajar, la prensa, la imprenta, el intercambio de ideas y noticias, etc., han tenido el efecto de «desvanecer» los «prejuicios que se tenían sobre la patria, la propiedad y la autoridad». Los viajes hacen ver que las diferencias y la enemistad no

se dan entre pueblos sino «artificialmente por las ideas que los gobernantes les inculcan». En todas partes la propiedad subsiste en la medida en que «los pobres se prestan a servir de autoridad».

Por todo ello «son en gran número las personas» rebeldes. Hay que tener en cuenta que «del fondo humano puede salir siempre un rasgo de bondad y de amor a la justicia», aparte de que muchos «tienen la convicción de que a los privilegiados de hoy les sería favorable un cambio de régimen», es decir vivir en una sociedad de paz, amor y bienestar y «no en las luchas, recelos e incertidumbres en que hoy se vive». ⁷⁰

Para Ferrer, en última instancia, el pacto social roussoniano es una mera entelequia que no explica la forma cómo las sociedades primitivas dieron lugar a los estados modernos. Tampoco comparte, de todos modos, el estilo «populista» de su tiempo. A este respecto, Ferrer marca distancias con relación a destacadas propuestas como las del escritor ruso Tolstói, de quien aprecia su valoración del trabajo humano: «60º.- Tolstói, atormentado su vida entera por el problema /inmenso/ de la responsabilidad social y moral del hombre ante los males y padecimientos de la clase humilde, se viste de labrador “mujik” y se adiestra en confeccionar su propio calzado, exaltando así la significación de la labor rural y del artesanado (sic), esfuerzo primitivo necesario y normal (?). Tolstói ensalza a su manera, dando toda su dignidad al trabajo» [frase al parecer incompleta]. ⁷¹

Del escritor ruso parece rechazar su afán de inculcar al pueblo el desprecio «de bienes materiales y espirituales [añadido] superiores» en aras de glorificar el trabajo manual: «Pero no sería más eficaz para el bien (...) de... humilde, en vez de refrenar / en el pueblo/ su normal deseo y sentir de “jouissance”... superiores, dedicarse a destruir su esclavitud sometida por restricciones y privaciones inadmisibles?». ⁷² De él no acaba de aceptar su principio de no-resistencia al mal, ni su filosofía o pedagogía. Comparte su valoración del trabajo, pero rechaza frontalmente su cristiana defensa de la resistencia pasiva «predicando una paciencia heroica y el acatamiento /humillante/, la no resistencia al mal». ⁷³

Concede al autor ruso, de cuyo talento literario se confiesa admirador, que la acción política se haga sin violencia, pero no sin intención directa y «con toda la

⁷⁰ Hasta aquí la citas de «Principios de moral científica para uso de las escuelas racionalistas», Cárcel Modelo, 28 de febrero de 1907, consultado por el autor del artículo en el Archivo Ferrer Guardia San Diego, posteriormente (2009) editado por la Fundació Ferrer i Guàrdia de Barcelona, con prólogo de V. Molina.

⁷¹ FD pensamiento 60º.

⁷² FD 61º

⁷³ FD 62º

energía», ya que «es preciso combatir para sacar al pueblo del marasmo en que se halla. Esto no se consigue con disfraces ni cabotinajes». E insiste en que del ruso ni su «filosofía, /ni su pedagogía/, concuerda con la mía». ⁷⁴

Así pues, y congruente con su filosofía optimista, el impulso de la acción social, política o pedagógica, no violento pero enérgico, ha de conducir al respeto de «nuestra propia dignidad en cada uno de nosotros». Nada de despreciar a la sociedad de masas con apelativos peyorativos como «vulgo» o «canalla».

La creencia ingenua del pedagogo en la correspondencia de aptitudes y formación (aquéllas detectadas y explotadas en el trabajo escolar), por un lado, y por el otro la organización social racional del trabajo viene cumplidamente expresada en este apunte: «una clasificación metódica, previo un estudio de las aptitudes, tendría que tener en cuenta (?) únicamente los rasgos físico-intelectuales y de la misma [borrado en el original] riqueza de las diversidades individuales, permitirá tal vez llegar (...) a una perfecta y justa organización de trabajo». ⁷⁵

¿Es acaso un proceso automático, éste de clasificar a los individuos teniendo en cuenta «las conformaciones físico-intelectuales y las diversidades individuales»? ⁷⁶ Para el pedagogo racionalista «una nivelación uniforme, desde arriba para abajo (después de tantos fracasos...) ha sido y será siempre desastrosa. Pido la nivelación contraria, de abajo para arriba». Esta «nivelación» de abajo arriba sería una clasificación casi automática basada en el «estudio de las aptitudes requeridas, valiéndose de la misma riqueza de las diversidades intelectuales para una organización racional del trabajo». ⁷⁷

Uno parece revivir en estas ideas la matriz estructuradora del plan educativo de Cataluña de 1936, en plena revolución, el plan del Comitè de l'Escola Nova Unificada (C.E.N.U.).

Frente a la prevención kropotkiniana de que las revoluciones fracasan por la falta de madurez cultural de la sociedad, Ferrer persigue el ideal de «este pueblo, educado e instruido debidamente», y por lo tanto «plenamente capacitado», que «se entregue/eficazmente/ a valorizar y ejercer la instauración del Bien, promoviéndole en belleza, verdad y justicia». ⁷⁸

Hay en las notas que comentamos diversos pasajes consagrados a la reflexión politológica sobre el concepto de «pueblo», plebe, masa u «opinión pública», a

⁷⁴ FD 62º

⁷⁵ FD 54º

⁷⁶ FD 53º

⁷⁷ FD 53º

⁷⁸ FD 57º

partir de la constatación de su protagonismo en los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XIX. Si «durante estas últimas décadas, el pueblo se ha percatado de su potencialidad», aún le toca exporar otro aspecto de su fortaleza, sobre la base de que «ningún gobierno hasta el más reaccionario» se atreva a enfrentarse frontalmente a «ninguna opinión pública, claramente expresada».⁷⁹

No se puede gobernar contra la opinión pública. Ferrer no parece percatarse de los peligros de su manipulación. O acaso sí. En cualquier caso, constata la fuerza decisiva de una fiscalización democrática, a partir de una especie de reparto de poderes, por cierto bien poco anarquista, ya que para él no es al pueblo «a quien corresponda llevar el mando. Acordémonos de los tribunales romanos de la Antigüedad. No gobernaban, pero en nombre de la plebe ejercían el derecho al veto, respetado obligatoriamente». Lo que el pueblo debe hacer más bien es controlar y «ejercer este poder de vigilancia fiscalizadora, de resistencia [inapelable] ante abusos. Esta fuerza negativa es sin embargo poderosísima ante la cual todo gobierno tendría que rendirse».⁸⁰ Sus dudas tendría de que la separación de poderes en una democracia formal representativa permitiera que la tarea de fiscalización popular fuese «ejercida debidamente por los mismos interesados», ya que esta apostilla fue borrada del manuscrito.

Esta fuerza de control popular de un hipotético Estado al servicio del pueblo, en una auténtica sociedad del bienestar gestionada por el propio estado debido a la complejidad de servicios, debería ejercerse a través de organismos jurídicos y políticos decisivos.⁸¹

La aplicación del bien común promovida «en belleza, verdad y justicia» comporta una valoración decidida del trabajo humano: «toda labor, por modesta que sea, ejercida [...] concienzudamente es meritoria y digna». Ello implica reducir la escala de sueldos, de un modo u otro nivelarlos en virtud de un plan de «nivelación metódica», «permitiendo a cada trabajador traer a su hogar el bienestar y la dignidad de vida a que toda familia tiene derecho», en el convencimiento de que «toda labor, por modesta que sea, ejercida con la máxima perfección y conciencia, es valiosa para la sociedad». Por descontado, habría que

⁷⁹ FD 51º

⁸⁰ FD 50º

⁸¹ FD 56º: «*labor vastísima que corresponde al Estado por su misma amplitud, la Sociedad carecería de medios para cumplirla como (es) debido, pero debería tener en estos organismos un poder de control*» [Redactado alternativo: «*Labor vastísima que corresponde más al Estado, por su misma amplitud, que a la sociedad, pero ésta debería tener en estos organismos un poder indiscutible de "control"*»].

garantizar sobre todo un «sueldo mínimo» que garantizase al trabajador (...) el bienestar y la dignidad de vida a que tiene derecho toda familia». ⁸²

Los gobiernos, los estados, deben promover, «en vez de tanto politiquero» ⁸³, el bien común y el bienestar de la población, instaurando, como se apuntado un poco antes, un auténtico «estado social de bienestar “avant la lettre”»: «los gobiernos tendrían que, en vez de dedicarse tanto a sus luchas políticas —quí-tate de aquí que me quiero meter yo...— [...] dedicarse a un plan (...) [para] la administración de la Salud Pública, de los seguros de la vejez y amparo social de niñez y vejez». ⁸⁴

Esta seguridad social a que tiene derecho cada trabajador/a y sus familias (en particular, sus eslabones más débiles o frágiles, vejez e infancia), y de cuyo «apoyo» «el padre y madre de familia necesitan», constituye un problema «demasiado vasto» o complejo para que se pueda resolver a nivel individual, y por ello es absolutamente necesario que sea la «Sociedad organizada» quien intervenga y cree sus bases firmes.

Pero la organización de esta seguridad social y estado de bienestar no es incumbencia de cada estado en particular, sino que una coordinación universal es imprescindible. La «tienen que ejercer el Gobierno, esta vigilancia y servicio de la nación, con la unión de las demás naciones para casos universales, como epidemias, terremotos..., etc, etc.». Ferrer propone pues una «labor humanitaria universal», para encarar con eficacia los nuevos retos, «los nuevos aspectos de la civilización moderna». ⁸⁵

En definitiva estas «Feuilles détachées», seguramente escritas en diferentes épocas de la vida de su autor para ulterior publicación, nos presentan a un fundador de la Escuela Moderna que se autodefine como un inconformista por sistema, al proclamar sin ambages que «más que un revolucionario soy un “révolté”, digo “no” a consuelos ilusorios y confío únicamente en los valores de la existencia”. ⁸⁶ Una persona que exalta la aventura de vivir y que contesta « sin titubeos” a la pregunta: «¿qué era lo que más importaba en la vida?»: «pensarla y vivirla con valor». ⁸⁷

⁸² FD 53º, 54º

⁸³ FD 55º

⁸⁴ FD 56º

⁸⁵ FD 55º

⁸⁶ FD 67º

⁸⁷ FD 66º

Muestran una personalidad resuelta para quien «lo premeditado y muy reflexionado suele ser casi siempre malo». ⁸⁸ Muestran un ser preocupado por la eterna necesidad de a través de la acción educativa (y auto-educativa) y el diálogo persuasivo —¡la palabra!— forjar voluntades dotadas de «entereza natural» y honradez, firmes en «conservar “relativamente” su sentido veraz» y que «no se transformen, bajo influencias e imposiciones convencionales». ⁸⁹

Hacer de la posición intelectual honesta la base de un nuevo humanismo y hasta de un estilo de religiosidad es de lo que se trata:

«Hasta las palabras para que permanezcan por propia voluntad con su entereza natural, honrada y no se transformen según disposiciones de conveniencia, han de conservar “religiosamente” su sentido veraz. Admiro todo hombre como Sócrates, Montaigne y otros tantos que, sin quererlo, han sabido crear como una ciudadela donde la fuerza del dinero, el poderío, contaba menos que la cordura, sabiduría y justicia». ⁹⁰

Pedagogía de convicciones librepensadoras, científicas y humanistas, basada en la palabra y en su poder ilustrador, y enfocada hacia la alegría metodológica y un resuelto optimismo metafísico: «63.- Hay que enfocar la vida, no recuerdo quien dijo esto, algún escritor francés, como compuesta únicamente por “mañanas”/”matinées” en francés. Arriba, pues, corazones!, teniendo la vista clara y puro el corazón en todo lo que se emprende». ⁹¹

Una pedagogía que manifiesta un racionalismo militante y convencido de alguien que, en última instancia compara la fuerza de su pensamiento racional a la del padre de la Escolástica medieval, aun puntualizando que «su lógica es total, pero sus premisas, sugeridas por las “Escrituras”, son completamente falsas». ⁹² La tan proclamada «self-confidence» ferreriana, propia de quien se ve sumido en la “eficaz lucha impávida” del Librepensamiento, lleva a deseos en voz alta por el estilo de: «¿Y si llegara el tiempo, después de nuestra eficaz lucha impávida, cuando la Iglesia, por fin se aviniera efectivamente a devolver a César

⁸⁸ FD 69º

⁸⁹ FD 68º

⁹⁰ Otro pensamiento FD, también con numeración 68º

⁹¹ FD 63º

⁹² FD 48º

lo que es de César? Es decir dar el respeto y el acatamiento que se debe al conocimiento científico». ⁹³

Nos hemos referido ya antes a esta «pedagogía de la palabra» de Ferrer, que le acerca a la inspiración evangélica de «en el principio era el verbo». Y le acerca a andragogías modernas como la de Paulo Freire. En todo momento Ferrer exalta el valor de la palabra, valiéndose incluso de un símil literario: «Otro escritor francés dijo que en su andar se nota que el pájaro vuela. Hay también quien hablando, su hablar compenetra como un canto». ⁹⁴ Vivir sería como estar en un eterno fraseo, porque «las frases no son siempre lo que uno quiere» y siente. Se van encadenando «como las piedras de un edificio» y «edificando/creando/ se existe, pensando se vive». ⁹⁵

Expresándolas, Ferrer quiere confrontar sus ideas con el sentir de ambientes intelectuales «más serenos» y dice sentirse «ruborizado» ante los titubeos que a veces le invaden, al tiempo que afirma creer o confiar sólomente en «los valores de la existencia», ⁹⁶ sobre la base de la razón científica y moral, para acabar confesándose dolido, no sin sentido autocrítico y desarmadora perplejidad, de que su razonamiento se base exclusivamente en el reconocimiento de refutaciones y de errores, lo que le lleva a la existencial pregunta de «¿Hasta qué punto todo es cierto?». ⁹⁷

En conclusión, las ideas de Ferrer analizadas en este artículo constituyen algo así como la base de un esbozo de pedagogía racionalista, humanista de la acción y de la palabra, basada en el activismo y la experimentación. Son fruto de su época en muchos puntos pero en otros la trascienden y presentan un valor añadido de modernidad. Nos vale para ello la definición de Wiquipedia de modernidad como concepto de las ciencias humanas que designa «el proyecto de imponer la razón como norma trascendental a la sociedad». Una razón, siempre, al servicio de la justicia, la libertad y el bienestar de la humanidad.

⁹³ FD 48º

⁹⁴ FD 64º

⁹⁵ FD 63º, segunda parte del pensamiento.

⁹⁶ FD 67º

⁹⁷ FD 66º